

#16

LOS ESPACIOS ABIERTOS DE LA PAMPA ARGENTINA

Aníbal A. Biglieri
University of Kentucky



Resumen || A partir de la distinción entre espacios *percibidos*, *concebidos* y *vividos*, y entre *espacios* y *lugares*, este artículo analiza la representación de la pampa argentina como «espacio abierto» en obras y autores de los siglos XIX, XX y XXI. La conversión del «desierto» (como se denomina habitualmente a la llanura) en *lugares* se produce cuando se crea un «centro», o punto de convergencia, es decir, cuando al espacio se lo «humaniza». Esta «producción del espacio» adopta varias formas: puede tratarse de un proceso transitorio, por medio de los rodeos, las caravanas de carretas o los fogones, o permanente, con el trazado de rastrilladas, huellas y caminos o con las sepulturas en medio de la llanura.

Palabras clave || Literatura argentina | Pampa | Espacios | Lugares

Abstract || Based on the distinction between *place* and *space*, and the differences among *perceived*, *conceived*, and *lived* spaces, this paper analyzes the representation of the Argentinian *pampa* as an “open space” in texts and authors from the 19th to the 21st century. The “desert” (as the *pampa* lowlands are commonly described) is transformed into a *place* when a “center”, or point of convergence, is created, that is, when space is “humanized”. This “production of space” can take different shapes: it can be a temporary (by means of rodeos, wagon convoys or campfires) or more permanent process, involving the drawing of paths, traces, and roads, or the graves scattered throughout the *pampa*.

Keywords || Argentinian literature | *Pampa* | Spaces | Places

La percepción de la pampa

Pocos espacios se han percibido como más abiertos que el de la pampa argentina y ya desde los comienzos mismos de la literatura que se considera nacional. En lengua quecha, *pampa* designa una llanura extensa y sin árboles (Daus, 1978: 67) o un «campo abierto» (Saer, 1991: 79) y así es como se la describe desde *La cautiva* (1837) de Esteban Echeverría (1805-1851) hasta el presente. En esta obra, se sientan ya las bases que han de guiar en adelante la percepción de la pampa: «ilimitado horizonte, / llanura y cielo brillante, / desierto y campo doquier» (IX, 74-76). Aquí los ingredientes esenciales de una visión que se hará tópica y que servirá de apoyo a las concepciones de la región hasta el día de hoy¹. Y no sólo en la literatura, sino también en ensayos, artículos periodísticos, tratados geográficos, relatos de viajes, cuadros y documentos gráficos².

El término mismo *desierto* no deja de ser problemático porque es susceptible de diferentes lecturas y puede designar regiones naturales de características geomorfológicas muy diversas. No obstante, en los autores aquí estudiados se podrá apreciar una notable continuidad en las formas de percibir, describir y concebir el espacio pampeano³. Las citas podrían multiplicarse sin mayor esfuerzo, comenzando con varias que corresponden a otros autores del mismo movimiento romántico en que se incluye a Echeverría. En *Facundo. Civilización y barbarie* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), la pampa, de una «extensión sin límites» (60-63), es la dilatada llanura del interior del país, mientras que en la novela *Amalia* (1855) de su contemporáneo José Mármol (1817-1871), esa región se caracteriza por su inmensidad, forjadora del carácter del gaucho, hecho a la intemperie y a la soledad de esas vastas planicies (576-77), como también lo había dicho Sarmiento. En *La vuelta de Martín Fierro* (1879), José Hernández (1834-1886) describe a esta «inmensa llanura» (II, 182) como un «desierto infinito» (II, 412): «¡Todo es cielo y horizonte / en inmenso campo verde!» (II, 1491-92)⁴.

Esta concepción de la pampa se hará canónica y a ella no escapa la narrativa de las más diversas orientaciones estéticas. Así, por ejemplo, dentro de la corriente llamada «realista» o «naturalista», en la novela *Sin rumbo* (1885), Eugenio Cambaceres (1843-1889) se adhiere a esta idea, feminizando de paso a la naturaleza: «... se divisaba desde lo alto la tabla infinita de la pampa, reflejo verde del cielo azul, desamparada, sola, desnuda, espléndida, sacando su belleza, como la mujer, de su propia desnudez» (81). Guillermo Enrique Hudson (1841-1922), en *Allá lejos y hace tiempo* (1918), describe la pampa como una «chata planicie», «vasta, aplastada y amarillenta planicie» (58, 60). En la novela regional y del «realismo

NOTAS

1 | «Espacio abierto» es la etimología de «lugar»: «the old etymological meaning of place as a “broad way” or “open space”» (Paasi, 2002: 806). *La cautiva* inaugura también en la literatura argentina las imágenes del desierto como una mujer cautiva y de la mujer como alegoría de la nación (Laera, 2016: 151-52).

2 | Para la representación pictórica del paisaje y de la vida en la llanura véanse, por ejemplo, el catálogo de la muestra *Vislumbres pampeanas* (Universidad Católica Argentina, 13 de julio-7 de agosto de 2005) y la exposición de fotografías de Francisco Ayerza (19 de mayo-12 de junio de 2010), en la misma institución (Cavanagh, 2005 y 2010a).

3 | «La aplicación de la noción de *desierto*, cuando no define un bioma específico, ya sea de arenas o rocoso, como las grandes planicies orientales del norte de África que estimularon la imaginación romántica y su tendencia a la exotización, es bastante amplia y cubre geografías variadas. Se aplica con gran versatilidad, a toda extensión de paisaje natural relativamente uniforme que supere la línea del horizonte. Eso explica que *desierto* pueda ser tanto la zona más despoblada de la llanura rioplatense como las regiones que bordean la cuenca del Mississipi en América del Norte. Y si son proclives a ser reconocidas como desiertos las extensiones que tienden a parecer despobladas, lo son aún más aquellas cuyos pobladores —según es puesto en evidencia por la relación que entabla la representación literaria con la historia— han sido indios» (Laera, 2016: 156-57).

4 | «Nubes», óleo de Pío Collivadino, representa así

rural», se vuelve sobre todas estas ideas con infatigable insistencia. Por ejemplo, en *Zogoibi: el dolor de la tierra* (1926), de Enrique Larreta (1875-1961), la pampa está hecha ante todo de inmensidad, horizontalidad y soledad: «solitaria llanura interminable» (9), «inmensidad de la llanura» (56), «espacio infinito, que el espejo del agua [de la laguna] reflejaba» (59), «soledad de los campos» (155), etc.⁵ Y en fechas más cercanas, otros autores reiterarán esta visión ya consagrada de la región: Ovidio Lagos (1940-2012), en *El aroma caído* (1991), al referirse a la «inmensidad de la pampa» (289, 340), y César Aira (1949-), en *Emma, la cautiva* (1981): «llanura que se extendía hasta perderse de vista» (96); y en *La liebre* (1991): «inmenso plano de la llanura» (217). Y también Carlos Fuentes (1928-2012), quien, en *La campaña* (1990), se refiere a «ese rostro del infinito que es la gran llanura argentina» (51)⁶.

Por todo esto, no debe extrañar que a la pampa se la haya comparado con otras extensiones no menos vastas, como el mar, la noche o el cielo⁷. La llanura es, según Sarmiento, la «imagen del mar en la tierra» (2003: 57), el «piélago sin límites de la Pampa» (1997: 190), y de allí que un *fachinal* (estepa cerrada, con pastos altos y duros e imbricación arbustiva), en *Los caranchos de La Florida* (1916) de Benito Eduardo Lynch (1880-1951), sea descrito como un «mar inmenso» (57). Larreta escribe en *Zogoibi*: «La pampa se extendía, ante ellos, desierta, imprecisa, incorpórea, como el fantasma de un mar, bajo fosforescencias aladas» (1960: 164). Y a la inversa, en *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes (1886-1927), al mar se lo puede comparar con una «pampa azul y lisa» (1988: 120; Kovacci, 1961: 98), autor que ya en *Raucha* (1917) se había referido a la «pampeana inmensidad del Océano» (1962: 204; Lerner, 1957: 82). Finalmente, Fuentes describe a Buenos Aires como una «ciudad sitiada entre el silencio del vasto océano y el silencio de este mar interior, igualmente vasto» (2002: 49). Sin saberlo, todos estos autores, al comparar la pampa con un mar, se adelantan a Gilles Deleuze y Félix Guattari en su concepción de las extensiones marinas como el arquetipo y paradigma del «espacio liso» (1980: 598-99)⁸.

La pampa y el mar, abajo; arriba, el cielo: la llanura es «reflejo verde del cielo azul», según se vio en *Sin rumbo* de Cambaceres (1999: 81); y no menos infinita es la extensión del cielo en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), en la cual Lucio Victorio Mansilla (1831-1913) lo describe como «espacios sin fin» (1993: X, 133); cielo «inmenso» en *Don Segundo Sombra* (1988: 62), Güiraldes establece en otro pasaje la equivalencia del mar y la pampa como dos cielos, cuando Fabio Cáceres por primera vez en su vida contempla el océano Atlántico: «De pronto, una franja azul entre las pendientes de dos médanos. Y repechamos la última cuesta. De abajo para arriba, surgía algo así como un doble cielo, más oscuro,

al paisaje pampeano, hecho de campo, horizonte y cielo (Colección de Arte Amalia Lacroze de Fortabat, Buenos Aires). Son numerosas las ediciones del *Martín Fierro* con imágenes, pero como testimonio gráfico del campo bonaerense y de la vida de sus habitantes quizás sean más interesantes las fotografías de Ayerza para ilustrar la obra de Hernández, proyecto que no se completó (Cavanagh, 2010a).

5 | Soledad que representa Enrique Policastro en su óleo «Paisaje solitario» (Cavanagh, 2005: 9).

6 | La inclusión de Fuentes en este artículo se debe a que recoge en el capítulo segundo de su novela muchos de los temas que se encuentran en los autores argentinos, pero con un agregado muy interesante, a saber, el impacto que la independencia de España tendría entre los habitantes de la pampa, que quedaron «desamparados» y «a la intemperie» con la desaparición del orden colonial fundado en la Corona y la Iglesia (58-59, 61).

7 | La homologación de estas tres inmensidades (llanuras, bóveda estrellada y océano), se encuentra ya en la obra de Alexander von Humboldt, a propósito de los llanos venezolanos (Prieto, 2003: 22) y se convertirá en un tópico en la literatura de los viajeros ingleses y de los autores argentinos del siglo XIX; para la comparación de la pampa con el mar o el océano véanse las referencias en Prieto, 2003: 23, 39, 48, 57, 61, 70, 76, 77, 92, 103, 130, 144, 147 y 192.

8 | Este carácter arquetípico del mar como el espacio «liso» por excelencia se confirma también, por ejemplo, en la narrativa de Héctor Tizón, quien describe otra extensión de la geografía argentina, la Puna, como un «inmenso mar

que vino a asentarse en espuma blanca a poca distancia de donde estábamos» (120; Kovacci, 1961: 98-99).

Y no menos inmensa es la noche, comenzando otra vez con *La cautiva* de Echeverría: «Noche es el vasto horizonte, / noche el aire, cielo y tierra» (2006: II, 1-2), pasando por la noche de Mansilla (1993: LVIII, 675) hasta la novela regional de Güiraldes: «noche hecha de infinito y de astros» (1988: 74; Lerner, 1957: 88), y Larreta: «Toda la noche era una sala inmensa, azul; un teatro de seducción y de artificio» (1960: 59). En suma, la inmensa vastedad de la pampa se extiende hasta ese omnipresente horizonte, siempre lejano, ilimitado, infinito: en *Zogobi*, los personajes miran el campo «atraídos, fascinados por la claridad del horizonte diáfano, vacío, salvaje» (31), «el campo, el horizonte, el cielo» (46). Horizonte que define el ser mismo de los personajes de *Don Segundo Sombra*: «De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte» (Güiraldes, 1988: 39). La pampa sería así un espacio uniforme, invariable, monótono, monocromático, como la describe Ricardo Piglia (1940-) en su novela *Blanco nocturno* (2010): «llanura gris e interminable» (2011: 36), «igual, interminable y gris» (287) y también de una «vastedad amarilla» (256), aunque a veces la paleta puede ser algo más variada, como en *Boquitas pintadas* (1969) de Manuel Puig (1932-90): «El campo era de color marrón claro y oscuro, alrededor de un tanque australiano crecían plantas enanas de manzanilla con tallo verde y flor amarilla y blanca» (2004: 56).

Sobre todo, el paisaje pampeano está dominado por el vacío: varias narraciones de tiempos más recientes vuelven una y otra vez sobre estos rasgos, como en las dos ya mencionadas de Aira, cuando, en *Enma, la cautiva*, llama «vacíos, observatorios de astros» a los «claros» o «pampas» (2011: 130), noción esta del «vacío» que se repite varias veces en la novela: «soledad de la pampa, más llana y vacía que antes» (46); «El horizonte permanecía vacío, día tras día» (48); «El vacío es la naturaleza» (87); «mundo vacío» (183); y en *La liebre*: «...se encaminaban bajo la bella tarde por las inmensidades vacías, en la tristeza de la tarde llena de delicadezas» (1991: 109). Es la visión que también Juan José Saer (1937-2005) registra en *El río sin orillas* en ese mismo año (1991): la «vastedad de la tierra chata» y las «extensiones interminables de campo vacío» le confieren a la pampa un «carácter abstracto y geométrico» (63). Y es, finalmente, la misma sensación de vacío que más recientemente registra Piglia a lo largo de *Blanco nocturno*: «paisaje vacío de la llanura» (2011: 53), «extensión vacía de la llanura» (193), «la pampa vacía, siempre quieta» (237), «llanura vacía» (240, 287), «inmenso cielo vacío» (170)⁹.

de tierras duras» (2011: 41) o como un «ancho mar pétreo y vacío» (2014: 32-33).

9 | Abstracción geométrica, extensión vacía, quietud de la tierra y vastedad del cielo están muy bien captadas pictóricamente en «Horizonte», acrílico sobre tela de Miguel Ocampo (Cavanagh, 2005: 12).

¿Pero, es así la pampa? ¿Es el paisaje «el mismo en todas partes y bastante aburrido» (150), como, en *La pasión de los nómades* (1994), escribe María Rosa Lojo (1954-)? ¿Tiene razón Jorge Luis Borges (1899-1986) cuando dice en «El fin»: «Un lugar de la llanura era igual a otro» (2009: 910), o en «El muerto»: «Arriban a una estancia perdida, que está como en cualquier lugar de la interminable llanura» (1001)? ¿Es, como lo corrobora Aira, «un sitio igual a cualquier otro, porque eran todos iguales» (1991: 58), que es precisamente la sensación que experimenta uno de los personajes de la novela: «Solo, encontraba todas las extensiones iguales» (67)?

De todos estos autores, conviene detenerse un momento en Aira porque conviven en su narrativa dos visiones de la pampa. En efecto, por un lado, concibe a la llanura como un «vacío», como si fuera un espacio geométrico:

Descartó de entrada la postura clásica del general sobrevolando el campo entero de la acción: él no era un pájaro, y además la pampa, con su falta de topografía, no se prestaba para esas gracias. Era un terreno puro, una geometría: tratarla como tal habría sido una redundancia. Peor: habría sido contraproducente, una ineficiencia. Los ejércitos circulaban por un plano cuyas pendientes ellos mismos producían e invertían en instantes. Todo se reducía a crear líneas, cuanto más rápido mejor; líneas de llegada y de partida que se entrecruzaban mágicamente en cada uno de sus puntos, no en uno privilegiado. (1991: 195)

Con terminología de Deleuze y Guattari, se podría decir que se ha pasado de un espacio «liso» (*lisse*), geométrico y falto de topografía, a un espacio «estriado» (*strié*), con sus pendientes, líneas y puntos. ¿Pero es realmente así? Como se verá después, el *lugar*, entendido como un «espacio humanizado», se configura en torno de un «centro», pero no así en este pasaje de *La liebre*, como si la pampa se resistiera a dejar de ser *espacio* y «terreno puro». En efecto, nada más «humano» que una batalla, ni espacio más «humanizado» que un campo de combate y, sin embargo, el entrecruzamiento de todas esas líneas, o «estrías», no privilegia a ninguno de sus numerosos puntos de intersección, es decir, ninguno de ellos se convierte en «centro».

Según esta visión del espacio pampeano, todos los puntos serían iguales, como se dice también en los pasajes de Lojo, Borges y del mismo Aira citados poco antes. En otras palabras, en la pampa, como pura «extensión», todo es igual, como cuadra a un paisaje «liso» y sin accidentes. Se puede agregar también que los espacios «lisos» y «estriados» corresponden, respectivamente, a los espacios «nómades» y «sedentarios» (Deleuze y Guattari, 1980: 592) y recordar que en este pasaje de Aira justamente uno de los ejércitos enfrentados en la batalla está comandado por Calfucurá, cacique de los huilliches, pueblos de vida nómada. Apurando la interpretación, la victoria de los indígenas sobre los blancos en este combate sería también el triunfo de un tipo de vida sobre el otro, el

de la pampa «lisa» de los primeros sobre el de la pampa «estriada» de los segundos.

Por otro lado, frente a esta configuración invariable del relieve, sin accidentes visibles se pueden aducir otros pasajes de todos estos mismos autores en los que se reivindica la variedad del espacio pampeano, con sus «montes de duraznos y de sauces partidos en cruz por largos caminos de álamos» (Cambaceres, 1999: 81) y sus bosques de eucaliptos (Larreta, 1960: 12), o sus poblaciones: «Allí siquiera había unos sauces, unos perros, un corralito y unos dueños de casa» (Güiraldes, 1988: 116). Otra vez se puede recurrir a la narrativa de Aira para comprobar la coexistencia de ambas visiones de la llanura:

Tan invariable era la configuración de la pampa que en el curso de toda la mañana sólo tuvieron que desviarse unos cientos de metros de la línea recta marcada por los baqueanos, para evitar el único accidente: unas profundas cañadas excavadas en el suelo quién sabe en qué antiguas perturbaciones geológicas, muros calizos de un blanco y pardo recién lavados por la lluvia, en los que brillaban como el ónix los huecos de las vizcacheras. (2011: 27)

Pasaje interesante sin duda porque contrapone la conformación uniforme de la pampa con un paisaje triplemente «estriado»: por el ser humano (los baqueanos), por la evolución geológica (las cañadas) y por la fauna autóctona (las vizcachas). Son bastantes más los pasajes que podrían citarse en la novelística de Aira sobre la doble visión de la llanura: así, por ejemplo, en otros momentos, se alude a «la soledad de la pampa, más llana y vacía que antes» pero aliviada cada tanto por la presencia de los ombúes o por la «línea azul de las montañas sobre el horizonte» (2011: 46), o este otro: «Ya sentían la presencia de la montaña bajo sus pies, esa incomparable sensación de masa que tanto contrasta con el abstracto trajinar de la llanura» (1991: 231).

La percepción de la inmensidad plana, horizontal y «lisa» de la pampa tiene lugar, ante todo, por medio de la vista, como lo confirman estos pasajes de *En la pampa*: «una llanura que se extendía hasta perderse de vista» (Aira, 2011: 96), o una laguna que «se extendía hasta perderse de vista» (113). Pero Martín Kohan (1967-) es más radical: «En la vastísima llanura vacía, nada había para ver. Esas tremendas extensiones, completamente lisas, no contenían nada ni albergaban nada» (2010: 44; subrayado agregado). La pampa sería así lo vacío, lo inmenso, lo liso, en fin, el territorio de la nada donde no hay nada que percibir, ni siquiera con la vista. Y si hay impresiones, estas son muy fugaces, como señala Güiraldes: «En la pampa las impresiones son rápidas, espasmódicas, para luego borrarse en la amplitud del ambiente, sin dejar huella» (1988: 50). Pero, como observa Lerner, esta es la perspectiva del resero seminómada en

oposición a la visión del puestero o del chacarero (Lerner, 1957: 79), es decir, del habitante sedentario de la pampa, que puede fijar su atención en el entorno y registrar sus impresiones en forma más duradera.

Desde la Geografía Humanística, Yi-Fu Tuan ha analizado la percepción sensorial del entorno e indicado que los seres humanos captan el mundo con todos los sentidos simultáneamente (Tuan, 1990: 5-12, 140). Por su parte, desde el campo de la *Geocrítica*, Bertrand Westphal propone también el estudio de la percepción «polisensorial» de los espacios (Westphal, 2007: 199). En la sección que le dedica a esta problemática, Westphal comienza por observar, como Tuan (Tuan, 1990: 6-7), la primacía de lo visual sobre las otras formas de percepción sensorial, actitud propia de la modernidad, pero, por más jerarquías que se establezcan entre los sentidos, la percepción del entorno se puede dar por medio de todos ellos en conjunto (Westphal, 2007: 213-22). Por lo tanto, de esta geografía visual, auditiva, olfativa, táctil y gustativa, la pampa no puede escapar y varios de los autores aquí analizados ofrecen en sus novelas un paisaje ricamente «polisensorial». Y no sólo los novelistas: ya Sarmiento describió la extraordinaria capacidad sensorial de «rastreadores» y «baqueanos», capaces de captar el territorio pampeano con la vista, el oído, el olfato y el gusto (2003: 82-88)¹⁰.

Porque, en efecto, lejos de ser ese dominio del «vacío», la pampa se abre y se entrega a quien sepa percibirla con todos los sentidos. En *Enma, la cautiva* se captan los colores y variaciones cromáticas de la pampa (Aira, 2011: 33, 46-47, 70) y sus olores (46, 70, 97, 106, 117, 121-22), pero también los silencios que caracterizan la vasta extensión de la llanura, un silencio resaltado por los teros y caballos (25), una «firmeza silenciosa del paisaje» interrumpida por aves, teros y chimangos (48); «El silencio se manifestaba en todo, aparecía y desaparecía..., era blando como el aire, y a veces rígido como una piedra» (49), y hacia la medianoche, «la quietud y el silencio eran sobrenaturales» (114).

Si bien son innumerables los pasajes que podrían citarse, no puede faltar el siguiente de *Don Segundo Sombra*, que revela toda la riqueza sensorial de la pampa:

Respiré hondamente el aliento de los campos dormidos. Era una oscuridad serena, alegrada de luminas lucientes como chispas de un fuego ruidoso. Al dejar que entrara en mí aquel silencio me sentí más fuerte y más grande.

A lo lejos oí tintinear un cencerro. Alguno andaría agarrando caballo o juntando la tropilla. Los novillos no daban aún señales de su vida tosca, pero yo sentía por el olor la presencia de quinientos cuerpos gruesos.

NOTAS

10 | La pericia de los *baqueanos* consiste, entre otras habilidades, en la de «estriar» el espacio «liso» de la llanura para orientarse mejor; recuérdese el pasaje ya citado de Aira sobre la «línea recta marcada por los baqueanos» para sortear unas cañadas (2011: 27) y agréguese ahora las referencias de Mansilla a un baqueano que «ha abierto nuevas rastrilladas y frecuentado las viejas abandonadas ya»: «Es una aguja de marear humana; su mirada marca los rumbos y los medios rumbos, con la fijeza del cuadrante» (1933: LII, 523-24). En el primer caso, el baqueano «estria» el desierto materialmente; en el segundo, mentalmente.

De pronto oí correr unos caballos; un cencerro agitó sus notas con precipitación de gotera. Aquellos sonidos se expandían por el sereno matinal, como ondas en la piel somnolente del agua, al golpe de algún cascote. Perdido en la noche, cantó un gallo, despertando la simpatía de los teros. Solitarias expresiones de vida diurna, que amplificaban la inmensidad del mundo. (Güiraldes, 1988: 38)

Fabio, despidiéndose de la vida sedentaria de la estancia para entregarse al nomadismo de los reseros, sale al campo, donde experimenta con los sentidos las dos inmensidades, la de la noche y la de la pampa. Pero incluso en medio de la oscuridad, es decir, en ese vasto espacio, al parecer «vacío» y silencioso y en el que nada se distinguiría, empezando por la vista (recuérdese el pasaje de Kohan citado poco antes), el personaje percibe la vida palpitante de la pampa con los ojos (oscuridad, luminares), el oído (cencerros, correr de caballos, canto de un gallo) y el olfato (aliento de los campos, olor de los novillos). La percepción es plurisensorial, pero es más que esto: el pampeano no es solamente un espacio *percibido*, sino también *vivido*, una experiencia muy personal de Fabio, quien, en la serenidad y el silencio del espacio nocturno, se puede sentir «más fuerte y más grande», dispuesto ya a la nueva y dura vida que le espera en su oficio de resero.

Serían muchos más los ejemplos que podrían mencionarse, empezando por esta novela de Güiraldes, en la que abundan las percepciones sensoriales de la llanura. Lo que sí hay que notar es que la vastedad del espacio pampeano no impide su percepción, incluyendo la olfativa, en lo que coincide Larreta en este pasaje de *Zogoibi*: «Entretanto, Federico, cada vez más dueño de sí, respiraba con fruición el hálito de la inmensidad, el hálito de aquella tierra sin historia, como decía la extranjera» (1960: 165).

En fin, bastaría leer *Los caranchos de La Florida* de Lynch, novela que muy pocas otras podrían superar cuando se trata de registrar la riqueza sensorial de la pampa. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje, de entre otros tantos que podrían citarse:

Cuando llega a la tranquera, el sol se ha ocultado por completo y una brisa fresca y sutil circula por el campo. Don Panchito respira a plenos pulmones aquel olor generoso de pasto seco que emborracha su espíritu, y se siente por un momento feliz y satisfecho. Va al tranco de su caballo, que enarca el cuello clinudo y juega nerviosamente con la coscoja del freno. ¡Qué armonía infinita tiene el croar de las ranas en el misterio de los fachinales inmensos! ¡Y cómo parecen bellas todas las cosas en ese gran crepúsculo, que avanza sobre la serena soledad de los campos! (Lynch, 1984: 176)

Como en el texto de *Don Segundo Sombra* citado poco antes, Don Panchito experimenta plurisensorialmente el paisaje, con la vista (la puesta de sol, los fachinales), el tacto (la brisa que acaricia su

cuerpo), el olfato (el olor de los pastos) y el oído (el croar de las ranas), pero también, como Fabio, el suyo es un espacio *vivido* y, al menos en esos momentos, su experiencia de la pampa no puede serle más agradable: su espíritu «se emborracha», siente una gran felicidad y satisfacción y experimenta el paisaje en su «armonía infinita», su belleza y su «serena soledad».

En esta novela de Lynch, las percepciones visuales suelen tener al horizonte como último confín y contra cuyo fondo diáfano se recortan, por ejemplo, los maderos negros de una tranquera (134, 158) o las siluetas de los jinetes (88, 181)¹¹. Son constantes las referencias a las sensaciones visuales de distancia y perspectiva (12-13, 19), pero no menos las de las percepciones auditivas. En efecto, en esas inmensas soledades se oye la presencia de una variada fauna: canto de los gallos (28), balidos de ovejas, ladridos de perros (62, 101, 191), gritos de chajás (101), mugidos de vacas (168), chillidos de insectos (210), ruidos de la noche (79, 176, 219). Y lo mismo se perciben con el olfato los olores a resina (96), ajo y almizcle (125), sauces (174), pasto seco (176), el «aroma silvestre de los pastos maduros» (210), etc.

La concepción de la pampa

Los textos hasta aquí citados no son, ni mucho menos, todos los que podrían reunirse en torno de la región pampeana, pero son muy representativos de la percepción de esta como espacio geográfico¹². Pero ni la *percepción* ni el *espacio* son conceptos que agotan la vasta problemática suscitada por la llanura (y, en general, por toda región) porque, junto con los *espacios percibidos*, hay que tener en cuenta otros dos, los *espacios concebidos* y *vividos*, y frente al *espacio*, hay que distinguir el *lugar*.

La distinción entre esos tres espacios fue propuesta en 1974 por Henri Lefebvre (1901-1991), en *La production de l'espace* (2000: 48-49); en el mismo año, Yi-Fu Tuan (1930-), en «Space and Place: Humanistic Perspective» (1974: 214), clasifica a los espacios en *sentidos (felt)*, *percibidos (perceived)* y *conceptuales (conceptual)* y años después, Anssi Ilmari Paasi (1955-) distingue también entre *percepción (perception)*, *concepción (conception)* y *acción (action)* (1991: 249). Siguiendo a estos autores, se puede postular que los *espacios percibidos* corresponden al mundo natural, concreto, físico, material; los *concebidos* pertenecen a la subjetividad, que sean mentales o imaginados, abstractos o geométricos; los *vividos* se manifiestan en los espacios sociales, históricos y políticos. El espacio *percibido* sería, entonces, el de lo «dado», de lo captado tal como está «allí» por medio de los sentidos, en este caso, la llanura

NOTAS

11 | Una tranquera con el horizonte al fondo se puede ver en el óleo «Un potrero» de Angel Della Valle (Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires). Una figura humana dibujada contra el fondo del cielo se representa en la acuarela sobre papel «Gaucho en la loma» de Tito Saudibet (Cavanagh, 2005: 20).

12 | Lo mismo hay que aclarar con respecto a los cuadros citados en este artículo, pocos también y mencionados sólo a título ilustrativo.

como la perciben, por ejemplo, los personajes de *Los caranchos de La Florida*: la pampa sería, a primera vista (dicho esto en su sentido más literal) puro espacio, extensión, distancia y lejanía, con el horizonte como su último confín, siempre en retroceso a medida que los personajes se encaminan hacia él: «El horizonte estaba siempre presente. Era eterno. También era inalcanzable», dice Fuentes en *La campaña* (2002: 49).

Según Tuan, las relaciones entre los seres humanos y el mundo en que viven pueden describirse y analizarse desde múltiples perspectivas, como la *actitud* (posición adoptada frente a esas relaciones), el *valor* (estimación con que se contemplan dichas realidades) y la *concepción del mundo* (creencias y experiencias conceptualizadas del entorno circundante) (1990: 4), perspectivas que deben tenerse en cuenta no sólo para el análisis de los personajes de todos estos relatos, sino también para el de las *ideologías* de sus autores.

Para el caso de la llanura pampeana, hay que examinar además qué concepto de *región* se encuentra en todos esos textos porque esta no se reduce al espacio geográfico, natural, que simplemente se percibe con los sentidos, especialmente con la vista. Hay que entenderla también como un *proceso* en el que convergen espacio, tiempo y sociedad. Más específicamente, según explica Paasi (1991: 249), toda región implica una unidad socioespacial, con una duración histórica y como una categoría social y cultural; en síntesis, hay que concebirla como una entidad relacional. Con respecto a la llanura pampeana, en tanto que región natural, se pueden recordar los siguientes datos geográficos: abarca las provincias de Buenos, Entre Ríos, noreste de La Pampa y partes de Córdoba y Santa Fe, con una extensión aproximada de 600.000 km² (Daus, 1978: 68), o sea, el 13% de la extensión del país; dividida en dos subregiones (húmeda y semiárida), predomina en su relieve el suelo llano, con suave declive hacia el Paraná, el Plata y el océano Atlántico. Tiene también su orografía, con sus encadenamientos serranos (sistemas de Tandilia y de Ventania), su hidrografía, con el río Salado en primer lugar, su fauna, en gran parte extinguida, y su fitogeografía, con el ombú como su emblema (Carlevari, 2007: 38 y 40-41).

Con respecto al concepto de *lugar* se puede decir que este se identifica con la habitación humana del *espacio*, ya sea transitoria o permanente: un *lugar* es un espacio «humanizado». Esto significa que *vivir* (en) un espacio (Lefebvre) y *sentirlo* (Tuan) es una manera de estar en el mundo, de instalarse las sociedades en él y, por lo tanto, de conferirle una dimensión histórico-temporal. En síntesis, un *lugar* es un *espacio* en el cual se desarrollan procesos sociales; dicho de otra manera, no es el «escenario» estático de los hechos que en él «tienen lugar», sino también un proceso que se despliega en una duración temporal. La pampa, por lo tanto, además de ser

una *región natural*, es también un «constructo histórico-social» en el cual el entorno físico y las sociedades que lo habitan se constituyen en un proceso de mutuas influencias y de fuerzas que circulan en ambas direcciones: en esta «producción del espacio» (Lefebvre), las sociedades se organizan espacialmente y las regiones se construyen socialmente. Para resumir, la pampa, como toda región, no es solamente aquello que se *percibe* con los sentidos, sino también el producto de una *concepción* (una ideología, si se prefiere) que transforma los *espacios* en *lugares* y guía, en mayor o menor medida según los casos, las formas de vida que en ella se desarrollan, la *acción*, en el sentido de Paasi.

Como se ve, a la pampa no se la puede *concebir* simplemente ni como el exclusivo ámbito del vacío y de la nada (como pura *región natural*), ni tampoco como la extensión que para Sarmiento era el «mal que aqueja a la República Argentina» (2003: 56). En efecto, si bien el «vacío» geográfico no existe, ello no impide que a la pampa se la haya considerado como «un espacio geográfico e imaginario percibido como vacío —*desierto* cultural y geográfico», para decirlo con palabras de Álvaro Fernández-Bravo (1999: 13; cursivas en el original). Según la terminología empleada en este estudio, se trata más bien de un espacio *concebido*, producto de una determinada concepción ideológica expuesta en *La cautiva*, *Facundo*, *Martín Fierro* y en todas aquellas otras obras que se fundan en la oposición entre «civilización» y «barbarie», ideología que podría resumirse así, en palabras del mismo Fernández-Bravo y en forma lapidaria: «es preciso llenar ese vacío (barbarie) con cultura (civilización)» (1999: 41).

El «desierto» como «vacío» no se entiende solamente como una región geográfica, sino también como un discurso, según lo explica Fermín A. Rodríguez. En efecto, la *concepción* del desierto pampeano se vehicula, ante todo, por medio de los *discursos* de la más variada índole y no sólo verbales, ya que, por ejemplo, las artes visuales han contribuido asimismo a modelar las imágenes de la llanura desde diversas tendencias ideológicas, artísticas y pictóricas. La fuerza de esos discursos, en incesante circulación intertextual, a veces parece incontrastable, como lo prueba el hecho de que, contra toda evidencia en contrario, persiste hasta estos días la idea de la pampa argentina como el espacio de la nada: «—¿Y qué lo ha traído a estas nadas, señor...?», pregunta muy expresivamente un personaje en *La liebre* (Aira, 1991: 117); porque, en efecto, según se lee en *Los cautivos* de Kohan, los pobladores de la llanura son «habitantes de la nada» (2010: 22):

En la vastísima llanura vacía, nada había para ver. Esas tremendas extensiones, completamente lisas, no contenían nada ni albergaban nada. Tal vez fuera por esa razón que las miradas de los paisanos

estaban también vacías: por no tener jamás cosa alguna donde posarse, donde detenerse con algún interés. (44)

Justamente, el subtítulo del estudio de Rodríguez es *La escritura del vacío*, que remite a esta idea forjada al servicio de un determinado proyecto de nación, según reza el título: *Un desierto para la nación*. No es el momento ahora de examinar en qué medida esta obra polemiza con la de Tulio Halperin Donghi, *Una nación para el desierto argentino* (Rodríguez, 2010: 15), pero sí recordar los fundamentos de que parte para el estudio de la literatura sobre ese desierto: «el desierto —afirma Rodríguez— como una suerte de artefacto discursivo que provee las imágenes en torno a las cuales se hace, se deshace y se rehace el sentido vacío de lo argentino» (Rodríguez, 2010: 13-14). No hay espacios vacíos, sino más bien «ficciones territoriales que, saltando por encima del límite entre las palabras y las cosas, hicieron lo que sus enunciados decían» (Rodríguez, 2010: 13-14): la pampa como «construcción» ideológica, lingüística y discursiva. O, como sostiene Alejandra Laera, el desierto «es una dimensión antes simbólica que geográfica» (Laera, 2016: 157).

Y aunque ha sido tema de otros trabajos estudiar los fundamentos ideológicos de esta «construcción histórico-social» de la pampa y el lugar que se les asigna a los indios tanto en el pensamiento y «discurso» de estos autores como en el proyecto de nación que proponen en sus obras, conviene detenerse un momento para analizar cómo se «produce» el espacio pampeano en *Facundo*, obra que fija los parámetros de dicha oposición entre «civilización» y «barbarie» hasta el presente¹³. En síntesis, en el discurso sarmientino la concepción de la pampa se basa en la identificación entre «pampa», «desierto» y «barbarie», términos no sólo correlativos que se presuponen mutuamente, sino también sinónimos e intercambiables entre sí. Quien dice «pampa» dice «desierto» y quien dice «pampa» y/o «desierto» alude a la «barbarie» indígena. Por supuesto, Sarmiento sabía muy bien que esa vasta extensión no era un «desierto» deshabitado y que la mayoría de la población del país estaba integrada no sólo por «los salvajes de nuestras pampas» (2003: 365), sino también por blancos, gauchos y mestizos. Para autores como Echeverría, Sarmiento y Hernández, los indios «barbarizan» a la pampa en el sentido de que su presencia no eleva a la naturaleza agreste e inculta de ese espacio a la condición de *lugar*. La *concepción* de la pampa que proponen estos autores depende, entonces, de quiénes sean los humanos que ocupen ese *espacio* y si están en condiciones, o no, de «humanizarlo». Llevadas estas premisas a sus últimas consecuencias, se puede decir que a los indios «bárbaros» y «salvajes» se los considera como «naturaleza» desprovista de «humanidad» y, por lo tanto, y como representantes de todo lo contrario a la «civilización», radicada en las ciudades, deberían desalojar ese espacio para dar paso a la inmigración, la

NOTAS

13 | De la bibliografía dedicada al tema «civilización» y «barbarie» se destaca el libro de Maristella Svampa por estudiarlo desde sus primeras manifestaciones hasta el presente.

europización, el desarrollo económico y el progreso material.

Hay que agregar ahora que en la historia argentina nada, incluyendo la pampa, se entiende sin estudiar su relación con Buenos Aires. En este sentido, deben tenerse en cuenta las páginas que a esta problemática en *Facundo* le dedica Noé Jitrik. No siempre es fácil captar exactamente qué quiso decir Sarmiento, pero no hay duda, según advierte Jitrik, sobre el «papel diferente que se acuerda a la Pampa y a las provincias» (1968: 70-71), la primera como factor de aislamiento entre Buenos Aires y el resto del país. Jitrik muestra cómo en Sarmiento las imágenes de la pampa y de las provincias se confunden o se identifican según el pasaje analizado y si a todo esto se le agrega la noción de «interior», se comprenderá mejor lo complicado que resulta discriminar todos estos conceptos y reducirlos a una teoría más o menos coherente. Lo que sí queda claro es que la «barbarie» se radica en las provincias y que en Buenos Aires se dan cita las luces de la civilización, la riqueza y la prosperidad (74). De los muchos textos de *Facundo* que podrían citarse en relación con esta concepción de la pampa, se encuentra el siguiente, referido al futuro de las ciudades y su «pampeanización», citado y comentado también por Jitrik (79):

Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces e instituciones tenían, ¿qué va a ser de ellas? La ignorancia y la pobreza, que es la consecuencia, están como las aves mortecinas, esperando que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas campo, estancia. (124)

Y quien dice «pampeanización», dice al mismo tiempo «desertificación» y «barbarie»: la primera corresponde al «campo», la segunda, a las «estancias», dedicadas al pastoreo, más propio de la «barbarie» que de la agricultura, según observa también Jitrik (81-82).

Pero no sólo la «pampa» significa «desierto» y «barbarie», sino también «frontera». La pampa era «la frontera interna» más importante y de allí que no sólo haya sido un problema de constante reflexión, sino también que diera lugar a una extensa bibliografía, en la cual se destaca el libro del ya citado Fernández-Bravo, quien analiza las relaciones entre literatura, frontera e identidad nacional. A esas fronteras había que abolirlas como parte de un proyecto de construcción de la nación argentina llevado adelante sobre todo a partir de la independencia del país, si bien con antecedentes en la época virreinal. Muy brevemente, debe recordarse que, aunque nominalmente bajo la administración española durante la colonia y luego reclamados como territorios para la nación argentina después de 1810, prácticamente todas las tierras al sur del río Salado (provincia de Buenos Aires) estaban bajo dominación indígena. El

virrey Juan José de Vértiz y Salcedo (1778-84) estableció a partir de 1779 una serie de fuertes y fortines al norte de ese río, gérmenes todos de futuras ciudades, y algunos avances más allá del sur de esa frontera fluvial tuvieron lugar después de la independencia de España, especialmente con las campañas de Martín Rodríguez (1823), Juan Manuel de Rosas (1833-34), y otras más (entre 1852 y 1876), ninguna de las cuales, sin embargo, dio como resultado el control permanente y efectivo de esas tierras por parte del estado argentino. El empuje final fue dirigido por el General Julio A. Roca, ministro de Guerra en el gobierno de Nicolás Avellaneda, cuya campaña de 1879 resultó en la definitiva apropiación por parte del estado de unas quince mil leguas de tierras fértiles y aptas para la explotación agrícola y ganadera. Se cerraba así un ciclo en la historia argentina y se abría el que llevaría a la práctica ese proyecto de nación (¿un desierto para la nación o una nación para el desierto?) que apoyaban Sarmiento y otros miembros de su generación. Y, como explica Laera, también desaparece la alegoría femenina de la nación de *La cautiva* de Echeverría, desplazada por el protagonismo masculino del gaucho, que aparece en *Martín Fierro* de Hernández: aquella alegoría da paso a la leyenda, al tiempo que, con la consolidación del proyecto llevado a cabo por la campaña de Roca, la llanura deja de ser desierto para convertirse en la pampa (Laera, 2016: 160-63). Pero, como queda dicho, a pesar de que el *espacio* pampeano se había convertido de «desierto» en «tierra de promisión», la imagen de la llanura como espacio «vacío» persistirá en la ficción de algunos novelistas hasta el presente.

El centro, configurador de los *lugares*

Lo propio del desierto (en el sentido con que suele emplearse este término en la literatura argentina), es, según Robert Pogue Harrison, la falta de un centro: «A wilderness in itself is placeless, for it has no human center or point of convergence around which nature can gather and become bounded» (2003: 18). Que esta ausencia de «centro», entendido no como centro geométrico, sino como punto o *lugar* de convergencia, sea un rasgo característico del desierto pampeano ya lo vio también Echeverría, quien dice así al principio de *La cautiva*:

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar. (2006: I, 11-20)

Como en el mar, la vista no encuentra un centro en que posarse y esta falta de puntos de referencia en la pampa es también un *topos* que se repite con frecuencia; en *Los cautivos* de Kohan, por citar otro caso: «Ahora, por ejemplo, iban cabalgando a la par, el uno y el otro, a campo traviesa. (La idea es figurada: faltando señales o referencias que indicaran un sentido determinado, no había manera de establecer si en tal o en cual dirección se marchaba a campo traviesa)» (2010: 13).

Pero la falta de ese punto de convergencia que sirva de orientación e indique una dirección a los desplazamientos en la llanura es un fenómeno que no solamente afecta al espacio, sino también al tiempo. En este sentido, merecería una detenida lectura un largo pasaje (2004: 152-55) de la novela *Las nubes* (1997) de Saer: «Durante leguas y leguas, el desierto es en cada una de sus partes siempre idéntico a sí mismo. Únicamente la luz cambia...» (153); y en esa pampa, en efecto, se tiene la impresión «de cabalgar siempre en el mismo punto del espacio» (153), como si este quedara abolido. Pero también el recorrido cíclico del sol y la regularidad del mundo natural «parecen repetir al infinito el mismo instante» (153), como si tampoco existiera el tiempo y la vida animal se percibiera siempre igual a sí misma:

Lo mismo que el mar, la llanura es únicamente variada en sus orillas: su interior es como el núcleo de lo indistinto. Desmesurada y vacía, cuando en ella se produce algún accidente, siempre se tiene la ilusión, o la impresión verídica quizás, de que es un mismo accidente que se repite. (155)

En este mundo, el tiempo y el espacio parecen reducirse así a un punto «acrónico» y «atópico». Pero ni el de la llanura es un «mismo paisaje inmóvil», como también quiere Piglia (2011: 283), ni es «chata, viento y tierra», según había dicho Puig (2004: 117), ni los hechos en el tiempo se repiten ni el espacio es siempre igual a sí mismo, como lo indicó Güiraldes, observador de la llanura como pocos: «La existencia, al parecer monótona, era varia, por los días nunca repetidos, llena de incidentes íntimos, como la llanura misma, al primer golpe de vista chata, pero diferenciada por *guaycos*, *albardones*, *vizcacheras*, *tacuruzales* y mil sorpresas inesperadas» (1962: 167; cursivas en el original)¹⁴.

Sobre cómo se *vivió* y se *vive* (en) la pampa se han de tratar en los apartados siguientes unos pocos fenómenos. Para ir desbrozando el camino, hay que empezar por distinguir, en una primera aproximación, entre espacios *abiertos* y *cerrados* (con todas sus gradaciones intermedias), que implican también dos formas muy diversas de *concebir* y de *vivir* (en) la pampa. De los espacios cerrados tratan todos los relatos aquí estudiados, con sus casas, cascos de estancia,

NOTAS

14 | «*Guaycos*: depresiones del terreno donde se junta agua» (Güiraldes, 1962: 238); «*Albardón*: faja de tierra que sobresale, por ejemplo entre lagunas» (Moliner, 1984: I, 113); «*Tacurú*: nombre dado a unos montículos que se encuentran en algunos terrenos anegadizos, que proceden de hormigueros» (Moliner, 1984: II, 1250).

ranchos, cuevas, guaridas, toldos y taperas, pero la atención se ha de concentrar ahora en los otros, en particular en aquellos elementos que convierten a los *espacios* abiertos de la pampa en *lugares*, ya sean transitorios, cuando pasan por ella las tropillas y las caravanas de carretas o cuando se encienden los fogones para hacer noche durante la travesía, ya sean más o menos permanentes, cuando las sociedades que habitan el desierto lo cruzan de caminos o en él sepultan a sus muertos.

Rodeos, carretas y fogones

Una primera forma de ir puntuando de *lugares* esa pampa deshabitada lo constituyen las tropillas arreadas a lo largo de su territorio, convirtiendo a los *espacios* en *lugares* y revirtiendo estos en aquellos. Varios pasajes de *Don Segundo Sombra* ilustran este proceso alternativo de «humanización» y «deshumanización» del espacio. Así, se pasa del *espacio* al *lugar* cuando un determinado sector de la llanura se puebla con un rodeo: «Hacia unrato el campo estaba despejado; nosotros lo poblamos de vida, para luego irla barriendo hacia un punto, dejando el campo nuevamente solo» (Güiraldes 1988: 123). Y se vuelve al *espacio* cada vez que una tropilla, al ponerse otra vez en movimiento, deja atrás un *lugar* transitoriamente ocupado y «humanizado»: «Ya el campo había vuelto a su calidad de desierto. Del rodeo no quedaba casi recuerdo ni en la llanura, ni en mi memoria. Parecía haber sido una pura imaginación, que negaba el vacío de los pajonales. Vacío que tenía algo de eternidad» (132; Lerner, 1957: 84). Obsérvese el vocabulario empleado por Güiraldes en ambos pasajes: en el primero, del campo «despejado» se pasa a la «vida» y de esta al campo, otra vez «solo» (*espacio* → *lugar* → *espacio*); en el segundo (*lugar* → *espacio*), el rodeo reanuda la marcha, dejando otra vez a la pampa en su condición de «desierto» y de «vacío», evocando la eternidad que sustraería a la tierra de la temporalidad del acontecer humano en su historia y de la naturaleza en sus retornos cíclicos, como se verá más adelante a propósito de las tumbas¹⁵.

Las caravanas de carretas que, haciendo un alto en el camino, encienden el fuego durante la noche, aunque sea por unas pocas horas, también «humanizan» el espacio pampeano. Así las había descrito Sarmiento en *Facundo*, cuando se refiere a «la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las Pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego» (2003: 56)¹⁶; por esas llanuras, ruedan «enormes y pesadas carretas sin encontrar obstáculo alguno, por caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales» (61). Y, en vista de ciertos pasajes citados

NOTAS

15 | El espacio nómada (como el de los reseros) es liso y está marcado solamente por las «rayas», «trazos» o «líneas» (*traits*) que se van borrando y desplazándose con el trayecto (Deleuze y Guattari, 1980: 472). Esta pasajera «humanización» del espacio pampeano queda registrada, por ejemplo, en los óleos «El rodeo», de Prilidiano Pueyrredón (Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires), «La tropilla», de Florencio Molina Campos (Cavanagh, 2005: 15), y «La tropilla», de Fernando Fader (Colección Fortabat).

16 | En el aguafuerte «Noche pampeana» de Collivadino se puede ver, en la inmensidad de la llanura, una carreta, figuras humanas (una de ellas tocando la guitarra) y un fogón; en el grabado de Carlos Morel «La carreta / Parada de la tropa» se representa una caravana, con un fuego encendido y hombres en torno formando una rueda (Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires).

anteriormente, no debe extrañar que Sarmiento compare a las carretas con barcos y llame «tripulación» a esos viajeros, según esa identificación entre pampa y mar notada páginas atrás: «Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles, cuya gente tiene costumbres, idioma y vestido peculiares que la distinguen de los otros habitantes, como el marino se distingue de los hombres de tierra» (62).

Los fuegos que se prenden en las caravanas, como este «escaso fuego» a que se refiere Sarmiento, remiten a los fogones tan característicos de las marchas a través de la llanura, tanto de los «tripulantes» de las carretas como de los reseros o de los indios, según lo atestigua una larga lista de pasajes que podrían aducirse en relación con estos *lugares* que transitoriamente transforman, y «humanizan», los vastos *espacios* pampeanos. Son estos fogones protección contra el clima invernal de la región, como lo refiere Mármol en relación con el ejército del general Juan Lavalle en su lucha contra el gobierno de Juan Manuel de Rosas: «Después los legionarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo entumecido por el frío de aquel riguroso invierno, mientras que el calor de su alma entusiasmada lo bebían en la fe, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria» (Mármol, 2000: 584). Bien es verdad que no siempre el fuego de los fogones era beneficioso porque podía servir también de principio de destrucción, como el mismo Sarmiento lo registra en sus *Recuerdos de provincia* (1850), cuando narra que uno de los caudillos provinciales, José Miguel Carrera, en la tienda de un teniente de José Gervasio Artigas, tomó «de su fogón la tea con que iba a correr la pampa, incendiar los pajonales para trazar un horizonte de llamas i humo que avanzase con él tierra adentro, hasta descubrir en el occidente las crestas nevadas de los Andes, que se proponía escalar con sus jinetes» (Sarmiento 1998: 119).

Con respecto a los fogones, hay que comenzar por distinguir entre los pasajeros y los permanentes. A estos últimos, situados todos ellos en las cocinas de las casas, ranchos y tolderías, se refieren constantemente las obras mencionadas en páginas anteriores. Sin embargo, aquí importan más los fogones transitorios, tema en el que también Echeverría se adelanta, excepto que el fuego que ilumina la vasta noche pampeana será encendido por los indios: «En torno al fuego sentados / unos lo atizan y ceban; / otros la jugosa carne / al rescoldo o llama tuestan» (2006: II, 59-62).

No sería exagerar demasiado si se dijera que en (casi) todos los relatos objeto de este estudio está presente el fogón como *lugar* y centro de convergencia en la inmensidad de la llanura. En las novelas de Larreta y de Güiraldes se encuentran también referencias a los fogones: en *Zogoibí*, son escenario de asados y mateadas (1960: 21); en *Don*

Segundo Sombra, de las cenas de los reseros: «El resplandor de la llama dio a nuestros semblantes una apariencia severa de cobre, mientras en cuclillas formábamos un círculo de espera» (1988: 55). Los ejemplos llegan hasta la narrativa argentina actual. En las dos novelas de Aira mencionadas en páginas anteriores se constata, sobre todo en *La liebre*, la constante presencia de los fogones en una serie de pasajes demasiado numerosos para comentar. Pero también en *Emma, la cautiva*, el fuego se enciende junto a las carretas (como en *Facundo*) para preparar la comida (como en *La cautiva*), pero esta vez para un contingente de soldados y prisioneros:

Al lado de las carretas, los soldados armaron semiesferas de papel embreado, para proteger el fuego; bajo la mirada desdeñosa de los convictos se ocuparon de cuerear las vizcachas con fantástica habilidad, para ensartarlas luego en asadores de hierro y exponerla al fuego unos pocos minutos; la carne era tan immaculada como la del lenguado, pero de sabor agrio. (Aira, 2011: 28)

Pero es en el relato de Mansilla donde mejor se puede estudiar este tema y a tal punto que podría decirse que en *Una excursión a los indios ranqueles* (1993) se diseña lo que podría llamarse una «morfología del fogón». Quizás no haya relato, al menos entre los analizados en este artículo, en el que se hagan más referencias a los fogones encendidos en campo abierto, en este caso durante el viaje que Mansilla y sus acompañantes emprenden con destino a las toderías de los ranqueles. De allí que en esto también las citas se limitarán a muy pocas, pero representativas, de esa «morfología». Así, por ejemplo, en una oportunidad se puede apreciar la precariedad de los *lugares* en el vasto *espacio* pampeano, sometido a los rigores e inclemencias de la naturaleza, como si esta se resistiera a su «humanización»:

Mientras yo tomaba las antedichas disposiciones, otros se ocupaban en hacer un buen fogón, preparándonos para la tranochada.

Los chasquis no se habían perdido de vista aún, cuando frescas y recias ráfagas de viento comenzaron a augurar la inevitable proximidad de la tormenta.

El cielo se puso negro.

La experiencia nos dijo que debíamos renunciar al fogón y al asado y prepararnos para una noche toledana, por no decir pampeana. (Mansilla, 1993: IX, 131)

Es en todo el capítulo XLVI donde quizá se pueda encontrar la relación más completa de los fogones, con sus notas más características. Para comenzar, tienen lugar por lo general, pero no siempre, en horas de la noche:

las estrellas comenzaron a centellear tímidamente en el firmamento; las sombras nocturnas fueron envolviendo poco a poco en tinieblas el vasto y dilatado panorama del desierto, y cuando la noche extendió completamente su imponente sudario, el fogón ardía, rechinando al

quemarse los gruesos troncos de amarillento caldén, chisporroteando alegre la endeble carda, como si festejara el poder del elemento destructor. (XLVI, 468)

El fuego se convierte realmente en un «punto de convergencia», ya que los hombres que lo rodean suelen formar en torno de él un círculo (como el de los reseros en el pasaje citado de *Don Segundo Sombra*): «La rueda se había hecho sin orden en dos filas» (XLVI, 468), «círculo del fogón» este al que Mansilla se referirá también en otro pasaje (LI, 520). Ese *lugar*, tan precariamente instalado en la vastedad del *espacio* y en la transitoriedad del tiempo, es centro de camaradería y de comidas en común: «Aceptó, ocupó un puesto en la rueda, le entramos al asado...» (XLVI, 469); y lo es también del reposo y del sueño compartidos: «Los choclos se cocieron y los comimos; se acabó la cena, siguió un rato más la conversación y luego cada cual pensó en hacer su cama» (XLVI, 473). Y el fogón es también el lugar del diálogo, de los cuentos e historias: «El chusco Calixto Olazábal, atizaba el fuego, reparaba el asado, tomaba mate y soltaba dicharachos sin pararle la lengua un minuto» (XLVI, 468). Este último rasgo de los fogones se repite también en otros textos: en la novela de Güiraldes, por ejemplo, el largo relato de don Segundo Sombra sobre la Pobreza y la Miseria (capítulo XXI) tiene lugar en torno de un «fogón cerca de un tronco caído, de tala» (1988: 166), donde cenan con carne asada y mientras Fabio Cáceres ceba unos mates amargos (167). Porque, en efecto, junto con el asado, los mates y el descanso, el fogón es el sitio privilegiado del relato: en *La pasión de los nómades* (2014), Lojo reescribe la *Excursión* de Mansilla, con varias referencias a los fogones (114, 132, 145, 199) y entre los «relatos de fogón» (48), hay que mencionar el encuentro ficcional entre Mansilla y Martín Fierro, quien le dice a su interlocutor: «Mis desventuras han circulado ampliamente de fogón en fogón y de mate en mate» (146). El fogón es el sitio por excelencia de la narratividad. Otra vez, Mansilla da testimonio de ello:

Campamos... Y el fogón no tardó en brillar, haciéndose una rueda, en torno de él, todos los que me acompañaban.

Entre mate y mate cada cual contó una historia más o menos soporífera.

En todo pensábamos, menos en los indios.

Yo conté la mía, y un cabo Gómez, muerto en la gloriosa guerra del Paraguay, fue el asunto de mi cuento. (Mansilla, 1993: IV, 87)

La expresión «En todo pensábamos, menos en los indios» merece un breve comentario. Que no pensarán en ellos se debe a las circunstancias específicas en que se encontraban Mansilla y sus compañeros en esos precisos momentos de la expedición y no a que desconocieran la presencia del indígena. Todo lo contrario: en primer lugar, esa «excursión» tenía por objeto firmar un tratado con los ranqueles y, en segundo lugar, al «problema indígena» y su presencia en territorio argentino les dedica Mansilla muchas

páginas de su libro. En ellas, se presenta una visión más matizada de la oposición sarmientina entre «civilización» y «barbarie», ya que si bien se postula la superioridad de la primera sobre la segunda, en varios pasajes también observa el autor la «barbarie de la civilización», en Buenos Aires, y la «civilización de la barbarie», en los toldos de los indios. En otras palabras, Mansilla no niega que los indios «humanicen» el espacio pampeano, ni que los porteños «barbaricen» la ciudad.

Rastrilladas, huellas y sepulturas

En un pasaje citado anteriormente, Sarmiento se refiere a los «caminos en que la mano del hombre apenas ha necesitado cortar algunos árboles y matorrales» (2003: 61). En efecto, en gran parte de su territorio, la pampa es, o era, ese vasto espacio sin caminos y sin siquiera huellas que orientaran el rumbo de los viajeros y les marcaran una dirección cierta, como les sucede a los reseros de *Don Segundo Sombra*: «Galopábamos por una huella que poco a poco se fue perdiendo, hasta dejarnos entregados al campo raso, sin más indicio de rumbo que el instinto de mis acompañantes» (Güiraldes 1988: 119): *lugar* → *espacio*¹⁷. El de la llanura es un espacio que para esos reseros, tan habituados a la vida nómada y no a la sedentaria de las estancias, o tiene caminos o es campo abierto, como se lee en otro pasaje de esta novela: «Adiós vida de estancia, ya veríamos lo que nos reservaban los caminos y el campo sin huellas» (37)¹⁸.

El espacio pampeano se convierte en *lugares* gracias a la presencia humana en rodeos, caravanas y fogones, bien que transitoria cuando no efímera y fugaz¹⁹. Una rudimentaria configuración de ese campo raso en *lugares* más permanentes se da, en un primer nivel y por decirlo en su pura literalidad, «a ras de tierra», cuando lo cruzan las *rastrilladas*, que no llegan a ser caminos, como puede verse en la *Excursión* de Mansilla: «El camino, o mejor dicho, la rastrillada, cruzaba por un campo lleno de chañaritos [arbustos] espinosos» (Mansilla 1993: IX, 125). Justamente, Mansilla le dedica a este tema páginas muy ilustrativas (IV, 82-84), de las que hay que retener ahora la siguiente definición: «Una rastrillada, son los surcos paralelos y tortuosos que con sus constantes idas y venidas han dejado los indios en los campos» (IV, 84). Con el mismo sentido, es decir, como signo de la presencia indígena, se emplea esta palabra en el *Martín Fierro* de Hernández: «que andaba adentro la indiada; / porque había una rastrillada» (1994: I, 442-43), y en *La liebre* de Aira: «avanzaron por un camino o rastrillada que habían formado los salvajes en sus incesantes peregrinaciones a la laguna [Carhué]» (1991: 87). Las rastrilladas —explica Mansilla en otro pasaje— son también, para quien las siga sin desviarse, garantías de seguridad en la marcha, evitando así los peligros presentados por bañados, o

NOTAS

17 | En *Blanco nocturno* de Piglia se registra la siguiente costumbre: «Acá dormimos en cierta dirección, siempre en la misma dirección, como los gauchos, que al internarse en el desierto ponían la montura en la dirección de la marcha y así dormían, para no extraviarse en el campo. No perder el sentido, el fiel del rumbo» (2011: 246).

18 | Aplicando una vez más la terminología de Deleuze y Guattari, puede decirse que a la vida nómada de los reseros corresponden los campos «lisos», «sin huellas», y a la sedentaria de las estancias, los caminos que, comunicándolas entre sí, cruzan la pampa y la convierten en un espacio «estriado».

19 | Muchos otros testimonios de la presencia humana en la pampa quedarán aquí sin considerar: los molinos de agua, por ejemplo, que Policastro registra en la vastedad y soledad de la pampa en «Paisaje» (Cavanagh, 2005: 15); o los sitios en que los viajeros en carreta hacían un alto en el camino: un rancho (Pueyrredón, «Un alto en el campo»), una pulpería (Pueyrredón, «Un alto en la pulpería»), ambos en el Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires; una posta (Carlos Pablo Ripamonte, «La posta», Colección Fortabat), etc., óleo este último en el cual, además de carretas, se incluye una diligencia. Dos pulperías y un rancho, perdidos en la inmensidad del campo, se pueden ver en tres *gouaches* de Eduardo Sívori (Cavanagh, 2010b: 12-13).

guadales, médanos, y toldos y sembrados de los indios (1993: IV, 84; LXIV, 636)²⁰. Se esboza así un primer par de oposiciones binarias, duro / blando, fijo / movedizo, aunque, como toda dicotomía, no siempre se refleja fielmente en la realidad; en efecto, en un diario de marcha de una columna militar durante la Conquista del Desierto (1879) se registra que una rastrillada «iba por campos sumamente guadalosos, lo que fatigaba considerablemente a nuestros caballos» (Walther, 1980: 483).

En muchos otros pasajes, estas novelas se refieren a las huellas, que en parte corresponden a las rastrilladas, pero que comprenden asimismo otras formas de dejar la impronta humana en las vastedades de la pampa. El mismo Mansilla las compara así: «Estos surcos [las rastrilladas], parecidos a la huella que hace una carreta la primera vez que cruza por un terreno virgen, suelen ser profundos y constituyen un verdadero camino ancho y sólido» (1993: IV, 84). La terminología se amplía, por ejemplo, en *Los caranchos de La Florida*, cuando Lynch menciona los «carcavuezales», las «hondas encajaduras», las «zanjas» y los «surcos» que imprimen en el suelo las tropas de hacienda o las ruedas de los carros de carga (1984: 53, 217)²¹. Y, en fin, hay huellas seguidas por el ganado, que «insensiblemente marcaban rumbos al animalaje» (Güiraldes, 1988: 122).

En un segundo nivel, las rastrilladas actúan como principio de organización y distribución del *espacio* en torno de un centro que, como quedó dicho antes, se comporta como «configurador de los *lugares*». Ejemplo muy ilustrativo, en la *Excursión* de Mansilla, es el mundo de los ranqueles, con centro en las tolderías y ranchos de Leubucó y del que irradian varias rastrilladas, en una verdadera «producción social del espacio» (Lefebvre) en pleno «desierto»:

De Leubucó arrancan caminos, grandes rastrilladas por todas partes. Allí es la estación central. Salen caminos para las tolderías de Ramón que quedan en los montes de *Carrilobo*; para las tolderías de Baigorrita, situadas en los montes de *Quenque*; para las tolderías de Calfucurá en Salinas Grandes, para la Cordillera, y para las tribus araucanas. (1993: XXIV, 267)²²

En la reescritura de Mansilla que Lojo hace en *La pasión de los nómades* se ofrecen varias referencias a Leubucó, de las cuales deben mencionarse aquellas que aluden a la desaparición de las *rastrilladas* en el presente de los automóviles, ciento veinte años después (2014: 150, 185): «Como se imaginará, todo ha cambiado mucho desde 1870. Las viejas rastrilladas, es decir, los caminos seculares de la Tierra Adentro, trazados por la huella de los animales y de los hombres, sólo se distinguen ya desde el aire por el color oscuro del pasto y de la tierra» (134). Y es que las «huellas borradas» (140) y la rastrillada «tapada completamente por el monte» (173) han sido reemplazadas por rutas asfaltadas (126).

NOTAS

20 | *Guadal* < árabe *guadal*: «pantano, tembladeral» (Corominas-Pascual, 1980: I, 79).

21 | «*Carcavuezo*: hoyo profundo en la tierra» (Moliner, 1984: I, 520).

22 | Véase el mapa de las principales rastrilladas indígenas a comienzos del siglo XIX en Barba, 2010: 56. Obsérvese allí como Leubucó es uno de los centros de irradiación de una red de rastrilladas en la pampa.

Las huellas y rastrilladas pueden desaparecer con el tiempo, revirtiendo los *lugares* organizados por ellas al *espacio* «deshumanizado» de la pampa. Pero si hay algo permanente, es la muerte, y las sepulturas que jalonan la llanura evocan el reposo eterno frente a lo transitorio, pasajero y contingente de rodeos, caravanas y fogones e incluso de caminos, huellas y rastrilladas.

En un estudio sobre las sepulturas, Harrison recuerda que en griego, *sēma* (σημα) significa «signo» y también «tumba» (*sign*, *grave*, *tomb*) (2003: 20). El verbo *σημαχείν* quiere decir «elevar una tumba» (Homero), «alzar un túmulo», y se puede también relacionar *sēma* con *sōma* (σῶμα), «cuerpo», «cadáver», y recordar asimismo la relación semántica entre *homo* («hombre») y *humus* («tierra») (Harrison, 2003: 34, Eliade, 1949: 219-20). Y aquí hay que volver otra vez a Echeverría porque en el «Epílogo» de *La cautiva* narra que María fue sepultada al pie de un ombú (2006: 59) y que en la inmensidad de ese *espacio*, una «solitaria cruz» (56) marcaba el sitio de su entierro. Lo que es más interesante aún es observar el vocabulario que se emplea («signo», «lugares») para describirlo:

Nadie sabe cuya mano
plantó aquel árbol benigno,
ni quién a su sombra, el signo
puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
se acerca a aquellos lugares,
recordando sus hogares,
se postra a hacer oración. (65-72)²³

La tumba es un *lugar* por excelencia, signo de la temporalidad, mortalidad y finitud que, de alguna manera, ese *signo* que la señala quiere vencer. Es asimismo el sitio de la memoria que, como dice Harrison, lo distingue del espacio homogéneo que lo rodea —en este caso, la «vasta llanura, / inhospitable morada» (Echeverría, 2006: 49-50)—, diferenciando también al tiempo humano de la atemporalidad de los dioses y de los eternos retornos de la naturaleza (Harrison, 2003: 23)²⁴.

Abundan las referencias a las sepulturas en varias de las obras analizadas en este trabajo. Algunos ejemplos: en *La cautiva* se describe también la tumba de Brian, pero esta vez sin un signo que la identifique, como un *lugar*, en medio de un pajonal, es decir, en plena naturaleza (*espacio*) (Echeverría, 2006: IX, 21-25, 104-06). Entre los ranqueles —refiere Mansilla— existe el «más profundo respeto» por los muertos: «Una sepultura es lo más sagrado. No hay herejía comparable al hecho de desenterrar un cadáver» (1993: XLI, 419). En el poema de Hernández, Martín Fierro entierra al indio a quien mata en un pajonal (1994: II, 1467-72), pero en otros casos habrá un signo que marque el lugar. Entre él y Cruz vencen a varios

NOTAS

23 | Para otro comentario de este pasaje véase Laera, 2016: 159-60, quien considera que la cruz y el ombú, símbolos de la religión y la naturaleza, respectivamente, marcan la «territorialización del desierto».

24 | Sobre el ciclo de las estaciones en la pampa hay varias referencias en la novela *Raucho* de Güiraldes (1962: 165-66, 183, 186-87): «Y así había de ser muchos ciclos evolutivos, sobre la vida pasiva de la estancia, dependiente de los soles, de las lluvias, de las heladas y de las secas» (166).

integrantes de la partida de la policía y en el sitio de la matanza, queda una cruz: «Yo junté las osamentas, / me hincué y les recé un bendito; / hice una cruz de un palito» (I, 1645-47). A Cruz mismo, Fierro lo entierra en el desierto, también con un signo que indica la presencia del muerto: «allá señala su tumba / una cruz que yo le puse» (II, 947-48). Y, finalmente, en *Zogoibi* narra Larreta: «Entre el fogón del mate y el palenque de los toros conservábase todavía la cruz de ñandubay que hiciera poner don Francisco [Ahumada] en memoria de sus cuatro compañeros, matados por los indios en ese mismo lugar» (1960: 21).

Al concluir este artículo, hay que preguntarse en qué medida entra en «diálogo» con los estudios ya publicados sobre los mismos temas. En primer lugar, partiendo de las bases teóricas propuestas en las páginas precedentes, se podría decir, por ejemplo, que la triple distinción entre los espacios *percibidos*, *concebidos* y *vividos* permite deslindar más claramente en las obras estudiadas, y en muchas otras también, entre a) pasajes de índole más bien «descriptiva» y limitados a la percepción sensorial del mundo circundante, b) pasajes en los cuales se expresa más o menos explícitamente la concepción ideológica de los autores y c) pasajes que transmiten la experiencia vivida de los autores, narradores o personajes, según sea el caso. Por supuesto que estos tres espacios pueden encontrarse en un mismo pasaje, pero ello no invalida esta distinción, al contrario, la robustece y la hace más útil y necesaria.

La idea de *lugar*, entendido como la fusión de espacio y experiencia, permite analizar también, desde otro ángulo, la concepción de la pampa y la ideología en la cual se funda el rechazo de la presencia indígena en territorio argentino. En efecto, la idea que varios de estos autores tienen del «espacio humanizado» no les otorga automáticamente a las *tolderías* la categoría de *lugar*, porque, concebidas como productos de la «barbarie» y habitadas por «salvajes», no elevan el paisaje pampeano de la categoría de «naturaleza» a la de «civilización».

En tercer lugar, se insiste, con otros fundamentos teóricos y bibliografía no consultada en los estudios precedentes, sobre la noción de *región* entendida como categoría geográfica («natural») y humana («social»), borrando así toda distinción tajante entre espacio/naturaleza y sociedad/cultura/historia. Como toda región, la pampa no es solamente una «entorno natural», sino un conjunto de *lugares* semejantes, con propiedades más o menos comunes, espacialmente contiguos y en un área más o menos homogénea. Y al igual que toda región, la pampa no es un *milieu* geográfico solamente, sino el resultado de una «producción social del espacio» por medio de *procesos*, entendidos estos como relaciones de tiempo-espacio en la historia y en situaciones históricas concretas. En esa

«producción» se inscriben las «campañas al desierto» y la ideología que estaba al servicio de las mismas, expuesta por Sarmiento y sus sucesores, quienes proponían la conversión de ese «desierto» en lo que se llamó después la «tierra de promisión».

En cuanto al corpus estudiado, que abarca obras publicadas en tres siglos, se puede observar, en términos muy generales y sin desconocer, por supuesto, la singularidad de cada texto, una continuidad de ciertas imágenes, como la del «vacío», por ejemplo, que llega hasta obras publicadas en este siglo XXI, como *Blanco nocturno*, de Piglia, *Los cautivos*, de Kohan, o *Ema, la cautiva*, de Aira. El hecho, obviamente, llama la atención y merece un análisis especial. También hay que notar la persistencia de la oposición entre «civilización» y «barbarie» hasta el presente, tal como lo demuestra Svampa, según se indicó antes. No obstante, se puede notar el paso de propuestas que, basadas en esta ideología, les niegan a los «salvajes» un lugar en el proyecto de nación, hasta las de otros autores para quienes los indios pertenecen de pleno derecho a la nación argentina.

Se podrían agregar aún algunas consideraciones más sobre la naturaleza de todos estos discursos. La pampa, que se la considere como un «desierto» poblado por «salvajes» o como el «granero del mundo» habitado por inmigrantes, es producto, sin ninguna duda, de discursos históricos y ficcionales puestos al servicio de los más diversos fines, desde los estéticos hasta los utilitarios, si bien no se pueden deslindar siempre con toda nitidez ambas modalidades: es el caso, por ejemplo, de *Facundo* o *Martín Fierro*, en los cuales coexisten historia, ficción, manifiestos en pro de una determinada visión del país, etc. Todos los textos analizados en este trabajo tienen en común el tema del «espacio abierto» de la pampa, pero en una relación entre el paisaje y el estado-nación que varía según los casos. Lo que sí es indudable es que esa región se convirtió en el centro económico del país y en el «motor» de un desarrollo agroexportador que asombra: «Entre 1870 y 1913 la Argentina fue el país con mayor crecimiento de su PBI *per cápita* a nivel mundial, con una tasa media anual de crecimiento compuesto del 2.5%, seguida por Canadá con el 2.2 % y Estados Unidos con el 1.8 %» (Barsky y Gelman, 2001: 140); las cifras y las estadísticas ofrecidas por estos autores son concluyentes sobre una producción «que se realizó en pocas décadas, proceso que no tuvo en la época parangón en el nivel mundial, y es aún más relevante si se tiene en cuenta la debilidad de de los apoyos estatales» (Barsky y Gelman, 2001: 186).

Se discutirá hasta la saciedad todos estos desarrollos históricos y económicos desde las propuestas ideológicas y posturas políticas más opuestas. No es el momento de reseñarlas aquí, pero sí de insistir en la necesidad de analizarlas *sine ira et studio* (Tácito *dixit*).

Es el caso, para citar un solo ejemplo, de la «campana al desierto» de Roca, operaci3n militar ciertamente basada en presupuestos ideol3gicos muy claros y contundentes y en vista de un proyecto de estado-naci3n no menos definido. Esta campana dio origen a una vasta y variada producci3n discursiva (Torre, 2011) y es hoy tema de un debate que se ha «ideologizado» en el peor sentido de la palabra. Rodr3guez se refiere a esa campana como la «soluci3n final» de Roca (Rodr3guez, 2010: 16), embander3ndose con quienes la consideran como una expedici3n de «exterminio» y «genocidio», frente a los que la consideraron como una «gesta patri3tica» y una «epopeya heroica y civilizadora». No fue ni lo uno, ni lo otro, para lo cual hay que remitirse a las consideraciones de Claudia Torre sobre ambos «estereotipos», productos ellos tambi3n de la dicotomía entre «civilizaci3n» y «barbarie» (Torre, 2010: 21-31).

Habr3 muchas pampas, seg3n los autores, los discursos, las ideologías, las concepciones est3ticas y literarias, las corrientes historiogr3ficas, los proyectos de naci3n, etc., y ser3n muchas tambi3n las formas de *percibir*, *concebir* y *vivir* (en) la pampa, pero ese «espacio abierto» sigue «allí», resistente a toda «construcci3n». Porque las regiones podr3n ser constructos intelectuales pero no por ello son puras abstracciones, ni son completamente inventadas o totalmente ficcionales. Es decir, ninguna regi3n, concebida como una realidad concreta o como un concepto abstracto, es fruto ni de un empirismo ingenuo, ni de un construccionismo radical o de una imaginaci3n desenfrenada, sin ning3n «anclaje» en la realidad. En otras palabras, las regiones no son ni «mitos», ni creaciones puramente mentales, ni tienen solamente una existencia en el lenguaje, sino que son «realidades» que est3n «allí afuera», independientes del observador de turno. En la l3nea de un *realismo cr3tico* (como el propuesto por Andrew Sayer, por ejemplo), se puede decir que la pampa, a pesar de toda «construcci3n discursiva», es una regi3n ontol3gicamente estable, epistemol3gicamente inteligible y lingüísticamente descriptible: en otras palabras, la pampa sigue estando «allí afuera», es cognoscible y puede ser captada por el lenguaje, literario o no. Y si no fuera así, toda esta literatura simplemente no habr3a existido.

Bibliografía citada

- AIRA, C. (1991): *La liebre*, Buenos Aires: Emecé.
- AIRA, C. (2011): *Ena, la cautiva*, Buenos Aires: Eudeba.
- BARBA, E. M. (2010): *Rastrilladas, huellas y caminos*, Buenos Aires: Letemendia.
- BARSKY, O., GELMAN, J. (2001): *Historia del agro argentino: Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Grijalbo Mondadori.
- BORGES, J. L. (2009): «El fin», en *Obras completas I (1923-1949)*, Buenos Aires: Emecé, 909-11.
- BORGES, J. L. (2009): «El muerto», en *Obras completas I (1923-1949)*, Buenos Aires: Emecé, 999-1002.
- CAMBACERES, E. (1999): *Sin rumbo*, Madrid: Cátedra.
- CARLEVARI, I. J. F., CARLEVARI, R. D. (2007): *La Argentina: Geografía económica y Humana*, Buenos Aires: Alfaomega.
- CAVANAGH, C. (2005): *Vislumbres pampeanas*, Buenos Aires: EDUCA, Fundación Universitaria Católica Argentina.
- CAVANAGH, C. (2010a): *Escenas del Campo Argentino: Fotografías de Francisco Ayerza (ca. 1860-1901)*, Buenos Aires: EDUCA, Fundación Universitaria Católica Argentina.
- CAVANAGH, C. (2010b): *Sívori y Fortuny: Imágenes del recuerdo*, Buenos Aires: EDUCA, Fundación Universitaria Católica Argentina.
- COROMINAS, J.-, PASCUAL, J. A. (1980): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid: Editorial Gredos.
- DAUS, F. A. (1978): *Geografía y unidad argentina*, Buenos Aires: Centro Naval.
- DELEUZE, G., GUATTARI, F. (1980): *Capitalisme et schizophrénie 2: mille plateaux*, Paris: Les Éditions du minuit.
- ECHEVERRÍA, E. (2006): *El matadero. La cautiva*, Madrid: Cátedra.
- ELIADE, M. (1949): *Traité d'histoire des religions*, Paris: Payot.
- FERNÁNDEZ-BRAVO, A. (1999): *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires: Sudamericana / Universidad de San Andrés.
- FUENTES, C. (2002): *La campaña*, Madrid: Alfaguara.
- GÜIRALDES, R. (1962): *Raucha*, en *Obras completas*, Buenos Aires: Emecé, 155-240.
- GÜIRALDES, R. (1988): *Don Segundo Sombra*, Madrid: Colección Archivos.
- HALPERIN DONGHI, T. (2005): *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- HARRISON, R. P. (2003): *The Dominion of the Dead*, Chicago and London: The University of Chicago Press.
- HERNÁNDEZ, J. (1994): *Martín Fierro*, Madrid: Castalia.
- HUDSON, G. (2007): *Allá lejos y hace tiempo*, La Plata: Terramar.
- JITRIK, N. (1968): *Muerte y resurrección de «Facundo»*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- KOHAN, M. (2010): *Los cautivos*, Buenos Aires: Debolsillo.
- KOVACCI, O. (1961): *La pampa a través de Ricardo Güiraldes: un intento de valoración de lo argentino*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- LAERA, A. (2016): «La mujer en el desierto: Esteban Echeverría y las lecturas nacionales del romanticismo francés», *Cuadernos de Literatura*, 20, 149-64.
- LAGOS, O. (2012): *El aroma caído*, Buenos Aires: El Ateneo.
- LARRETA, E. (1960): «Zogoibi»: *el dolor de la tierra*, Madrid: Espasa-Calpe.
- LEFEBVRE, H. (2000): *La production de l'espace*, Paris: Anthropos.
- LERNER, I. (1957): «El Paisaje en Don Segundo Sombra», *Davar*, 73, 79-89.
- LOJO, M. R. (2014): *La pasión de los nómades*, Buenos Aires: Debolsillo.
- LYNCH, B. (1984): *Los caranchos de La Florida*, Buenos Aires: Troquel.
- MANSILLA, L. V. (1993): *Una excursión a los indios ranqueles*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- MÁRMOL, J. (2000): *Amalia*, Madrid: Cátedra.
- MOLINER, M. (1984): *Diccionario de uso del español*, Madrid: Editorial Gredos.
- PAASI, A. (1991): «Deconstructing Regions: Notes on the Scales of Spatial Life», *Environment and Planning A*, 23, 239-56.
- PAASI, A. (2002): «Place and Region: Regional Worlds and Words», *Progress in Human Geography*, 26, 802-11.
- PIGLIA, R. (2011): *Blanco nocturno*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- PRIETO, A. (2003): *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PUIG, M. (2004): *Boquitas pintadas: Folletín*, Buenos Aires: Seix Barral.
- RODRÍGUEZ, F. (2010): *Un desierto para la nación: La escritura del vacío*, Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

- SAER, J. J. (1991): *El río sin orillas. Tratado imaginario*, Madrid-Buenos Aires: Alianza Editorial.
- SAER, J. J. (2004): *Las nubes*, Buenos Aires: Seix Barral.
- SARMIENTO, D. F. (1997): *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- SARMIENTO, D. F. (1998): *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires: Emecé Editores.
- SARMIENTO, D. F. (2003): *Facundo. Civilización y barbarie*, Madrid: Cátedra.
- SAYER, A. (2000): *Realism and Social Science*, London: SAGE Publications.
- SVAMPA, M. (2010): *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires: Taurus.
- TIZÓN, H. (2011): *Fuego en Casabindo*, Buenos Aires: Alfaguara.
- TIZÓN, H. (2014): *El cantar del profeta y el bandido*, Buenos Aires: Alfaguara.
- TORRE, C. (2010): *Literatura en tránsito: La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- TORRE, C. (2011): *El otro desierto de la nación argentina: antología de narrativa expedicionaria*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- TUAN, Y.-F. (1974): «Space and Place: Humanistic Perspective», *Progress in Geography*, 6, 211-52.
- TUAN, Y.-F. (1990): *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values*, New York: Columbia University Press.
- WALTHER, J. C. (1980): *La conquista del desierto: Síntesis histórica de los principales sucesos ocurridos y operaciones militares realizadas en La Pampa y Patagonia, contra los indios (años 1527-1885)*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- WESTPHAL, B. (2007): *La Géocritique: réel, fiction, espace*, Paris: Les Éditions de Minuit.